

311. Queda pues demostrada la autenticidad, verdad é integridad de los libros santos; y con esto solo, adelantado prodigiosamente el camino de nuestras investigaciones; pues ya desde aquí podemos marchar, á la luz de su historia y de su doctrina, y sobre sus mismas páginas, al objeto y fin general que tienen estos libros; esto es, á los enviados y su mision.

CAPÍTULO VIII.

DE LOS ENVIADOS Y SU MISIÓN.

312. No basta probar que los libros del Antigo y Nuevo Testamento son verdaderos en todas sus partes; es preciso demostrar que son divinos: porque las amplias materias que estos libros contienen son de una gerarquía superior á las investigaciones humanas; y léjos de contentarse con los tributos del convencimiento, exigen por su propia naturaleza el omnímodo vasallaje de la razon á la fé. Puede la filosofía pelear cuanto pueda por las convicciones; pero solo Dios es dueño de encadenar con su palabra la creencia del género humano. Para convencernos, basta que se nos ilustre por la razon; para creer, es de todo punto preciso que se nos hable á nombre de la Divinidad. He aquí lo que ha sucedido precisamente con esos personajes diversos que figuran principalmente en la Historia santa. Todos ellos han venido á la tierra con un carácter singular y privilegiado y con un cierto predominio sobre las creencias, el cual no podía ser derivado ni del talento ni del poder de los hombres: han producido grandes é importantes revoluciones en el mundo; pero sin atribuirse á sí mismos ni el pensamiento ni la accion: es decir, han hablado y obrado; pero á nombre de la Divinidad. Un principio

idéntico determina el carácter de sus pensamientos, de sus escritos y de sus funciones; y no puede probarse por tanto la divinidad de su mision, sin que le quede por este solo hecho la inspiracion celestial de sus libros. Conformes con estas ideas y haciendo la separacion que demanda el Antigo y Nuevo Testamento; hablaremos: primero, de Moisés y los Profetas; segundo, de Jesucristo y los Apóstoles.

313. Moisés prueba su mision con sus milagros, con su legislacion y con su vida.

§. I.

MILAGROS DE MOISÉS.

314. El Nilo convertido en sangre, los insectos acosando hasta el último individuo, la peste destruyendo á los hombres y á los animales, las úlceras carcomiendo hasta los huesos y radicando el dolor en todas las partes del cuerpo; el granizo, los truenos, el fuego del cielo arrebatando las esperanzas de los agricultores y sorprendiendo la ciencia de los astrónomos; las langostas talando los campos, esterilizando las mieses y arrastrando al sepulcro á los hombres consumidos del hambre; las mas espesas tinieblas arrebatando el aspecto de aquellas hermosas comarcas; los primogénitos, en fin, muriendo en la mitad de la noche: he aquí una cadena no interrumpida de portentosas calamidades, que asentaron en aquella opulenta nacion, al solo impulso de la voluntad de Moisés, la consternacion, el dolor y la muerte. Pero no pararon aquí los milagros de Moisés: una inmensa capa de niebla protegió la fuga del pueblo oprimido, derramando la luz delante de sus ojos durante la noche, y cobijándolos durante el dia con su benigna sombra, para libertarlos de los rayos de un sol abrasador. Vano fué que Faraon y sus caudillos formasen un ejército de persecucion, cuyo aspecto solo hiciese temblar á los Israelitas. Acércase Moisés á las márgenes del mar

Bermejo; tiende su milagrosa vara, ábrense las ondas, y pasa el pueblo fugitivo; miéntras animándose á la vista de este portento el arrojó de los perseguidores, se entran por este mismo sendero, para quedar muy pronto sumergidos en los abismos, y entregados todos á la muerte. Los Israelitas llegan al desierto, donde un maná que baja diariamente del cielo, les suministra por el espacio de cuarenta años el alimento y la vida. Finalmente, habiendo salido del desierto, y situados al pié del Monte Sinai, donde permanecieron por espacio de un año, fueron testigos oculares de los mayores portentos con que Dios quiso consagrar la mision de Moisés, al elegirle para que anunciase á su pueblo la alianza que con él intentaba renovar, y promulgase la lei que dictó al caudillo desde la cumbre de la montaña. He aquí unos hechos que son verdaderos milagros, y en clase de tales prueban la divinidad de la mision de Moisés: pasemos á su legislacion.

§. II.

LEGISLACION DE MOISÉS.

315. No nos extenderémos mas sobre este punto, aunque ha dado á los mas profundos apologistas mui ámplia materia para llenar volúmenes enteros. Una ojeada rápida sobre la legislacion de Moisés, con atencion particular á su objeto, al tiempo en que se publicaron sus preceptos, á las circunstancias locales y politicas de la nacion judía, y al modo con que la Providencia regula el curso natural de los acontecimientos humanos, hasta para convencernos de que Dios fué el Legislador de los judios, y Moisés su primer Ministro, y para convenir, en consecuencia de la magnífica economía de la legislacion mosaica, en que léjos de ser esta contraria bajo ningun aspecto á la sabiduría infinita de su Autor, "se ve resplandecer en ella, como observa el

"célebre Jacquelot, esta divina sabiduría, aunque proporcionada siempre á las debilidades de los Israelitas, al estado del mundo y al gusto de la razon."

§. III.

TESTIMONIOS QUE DIÓ MOISÉS Á LA DIVINIDAD DE SU MISION CON ALGUNOS SUCESOS DE SU VIDA.

316. Un hombre que continuamente se agita por llenar sus deberes, sin perdonar ningun género de sacrificio; que siempre se muestra inclinado á los intereses de la virtud, é inflexible catigador del vicio; que conduce á su pueblo, por entre las situaciones mas críticas que superan al poder humano, á los destinos que Dios le tenia señalados; que no obra sino en nombre de Dios y segun las inspiraciones de su voluntad soberana; que nunca se deja fascinar del brillo del poder, para consultar á sus intereses individuales, al capricho de sus pasiones, ó al hábito de los deleites; que salva los principios tutelares de la religion y la sociedad en un pueblo ignorante, versátil é inclinado á la idolatría; que mantiene intacto el culto del verdadero Dios entre una infinidad de naciones idólatras, entre pueblos gentiles, entre los errores del politeismo: un hombre de esta clase, repetimos, da en su persona y conducta una grande seguridad en favor de sus doctrinas y de sus obras, cuando profiere las unas y practica las otras en testimonio de la mision que ha recibido del mismo Dios.

§. IV.

DE LOS PROFETAS.

317. Ellos nos presentan una serie de predicciones verificadas antes de Jesucristo, las cuales prueban concluyentemente, sin salir de las páginas del Antiguo Testamento,

mento, que se hallaban poseidos de una inspiracion sobrenatural, prueba inequívoca de la divinidad de su mision. El cuadro de su vida, donde tanto resplandecen la fe y otras muchas virtudes; la perfeccion de su doctrina, y la veneracion augusta que inspiran sus obras, vienen á su turno á robustecer mas y mas la certidumbre del carácter divino, que no podemos desconocer en la mision, y por tanto en los libros de los Profetas.

318. Al tocar este punto, tocamos ya á los tiempos de la plenitud en que Jesucristo vino á manifestar con su poder, con su santidad y con su doctrina que él era el objeto de las predicciones antiguas, que á él se referian todos los acontecimientos que abarca la historia del pueblo escogido, que él era el deseado de las naciones, el Mesías prometido en la lei y en los Profetas.

§. V.

JESUCRISTO Y LOS APÓSTOLES.

319. Considerado Jesucristo bajo todas estas relaciones reunia en su persona, como en un centro comun, todos los puntos de vista que habian presentado las épocas que precedieron á su nacimiento, la época en que vivió y los siglos que siguieron á su muerte. Estos tres periodos diversos corresponden á tres historias diferentes, la del pueblo judío, la de Jesucristo y la de su Iglesia; y como Jesucristo es el gran término de perspectiva en el gran cuadro de la religion, todos los tiempos le aclaman y reconocen por Dios, y pagan de consuno un contingente ilustre á esta grande verdad, el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y la historia de la Iglesia. Nada mas natural que seguir este orden de pruebas en la mision de Jesucristo y sus Apóstoles.

320. Conformes con este plan, recordamos desde luego

los testimonios del Antiguo Testamento, y recorriendo la historia comparada de sus profecias y sus figuras con la vida y muerte de Jesucristo, vemos que él era el Mesías anunciado por los Profetas, el Mesías representado en la historia judía, el Mesías prometido á todos los pueblos de la tierra.

321. Del Antiguo pasamos al Nuevo Testamento, hablando con la debida separacion de la vida de Jesucristo, de su doctrina y de su resurreccion.

322. Antes de presenciarse su nacimiento, somos testigos de las maravillas estupendas que le preceden; al nacer presenciarnos los prodigios que acompañan su nacimiento; y cuando todavía no sale de la cuna pagamos un dulce tributo de admiracion á los inauditos portentos que por todas partes rodean al Hijo de María. Todas estas circunstancias anticipan en nosotros la conviccion de su divinidad; y todo en lo sucesivo corresponde á este concepto. El carácter de Jesucristo y el poder de sus milagros.

323. El carácter de Jesucristo subyuga irresistiblemente nuestra admiracion cuando le vemos exento de toda mancha, dueño de todas las virtudes, árbitro de todas las pasiones y asiento inmóvil de una eminente santidad.

324. La naturaleza de sus milagros, las circunstancias en que los hizo, el número y carácter de los testigos que los refieren, la impresion que tales maravillas hicieron en el ánimo de sus espectadores, y el concepto que formaron de este milagroso poder los mas interesados en destruirlo; todo nos dice que Jesucristo es Dios.

325. No son ménos visibles los caracteres de esta divinidad en la doctrina de Jesucristo. Sublime en sus misterios, una en su economía, universal en su inteligencia, santa en su moral y eterna en sus promesas, anuncia bien claramente que no puede ser parto de la razon humana, y que no seria conocida de los hombres, si Dios no se hubie-

se dignado defenderla en la tierra por medio de su palabra divina.

326. La tercera que se deduce del Nuevo Testamento, es la resurreccion de Jesucristo, en cuyo apoyo vienen: primero, el testimonio de los enemigos de Jesucristo, y, en segundo lugar, el de sus apóstoles y discípulos. En cuanto al primero, desde luego notamos que las mismas precauciones tomadas por sus enemigos contra el hecho milagroso de que se trata, vinieron á servir, contra toda su prevision, para confirmar mas y mas la certidumbre de su existencia.

327. En cuanto á los apóstoles y discípulos de Jesucristo, los datos con que proceden los numerosos testigos de la resurreccion; los términos en que dan su testimonio, y las circunstancias en que se hallaban, convencen irresistiblemente segun las reglas del mas estricto criterio, que Jesucristo resucitó; porque de todas las observaciones hechas al propósito, resulta que sus apóstoles y discípulos no pudieron engañarse, no quisieron engañar, ni hubieran podido conseguirlo aun en caso de pretenderlo.

328. El establecimiento del cristianismo, su rápida propagacion, y su maravillosa perpetuidad, constituyen el fondo de las pruebas mas capitales que sobre la divinidad de Jesucristo nos suministra la Historia de la Iglesia. Comparando los acontecimientos con el carácter y extension de la empresa, el tiempo en que se acomete, los autores que la ejecutan, la conducta que observan, y los obstáculos de que triunfan, nos convencemos de que nada es tan evidente como la divinidad del cristianismo y de su Autor, el origen celestial de la mision de los apóstoles, y por consiguiente de la Iglesia.

329. Visto pues que existe un derecho revelado, consignado en los libros santos, procedamos á exponerle, comenzando por las obligaciones que tenemos para con Dios.

DEL DERECHO NATURAL

EN SUS PRINCIPIOS COMUNES

Y EN SUS

DIVERSAS RAMIFICACIONES.

~~~~~

#### PARTE PRIMERA.

De las obligaciones para con Dios.

~~~~~

INTRODUCCION.

330. LA teoría general de nuestros deberes es una consecuencia necesaria de las relaciones que tenemos con la Divinidad, con nosotros mismos y con el resto de los hombres. El conocimiento exacto de estas relaciones seria siempre una adquisicion imposible para el entendimiento, si hubiera de prescindirse de la naturaleza de los objetos que con ellas están ligados. Es pues necesario comenzar este estudio por una exposicion filosófica sobre la naturaleza y relaciones de Dios y de los hombres. En este conocimiento entran la historia, la filosofía y la revelacion: porque ni la